

## 1-Guadalhorce

—Hace una buena noche, Yelena —comentó en ruso Lyuba.

—Algo sacaremos.

—Estará contento tu hombre.

—Nunca está contento.

La acera apenas iluminada por una farola proyectaba la débil sombra de Yelena Ivanova en la calzada. El almacén destartalado tenía rótulos en chino y la penumbra envolvía fantasmalmente el edificio. En el cielo brillaban las estrellas de una fresca noche. A la luna le faltaba un día para su plenitud. Las dos mujeres fumaban y el humo desaparecía con la brisa.

En la acera de enfrente estaban dos colombianas con las que Yelena no se llevaba bien. Eran vulgares, les faltaba educación y estilo. Muchas de las rusas tenían carreras universitarias y ella misma era bióloga, pero tuvo que emigrar.

A veces se despertaba pensando que seguía en Moscú, en su pequeño apartamento. Dejó a su novio, a su familia y a su querido barrio, atraída por aquel anuncio que buscaba azafatas para países europeos y a ella lo tocó España. Todo fue una farsa desde el principio.

—Ese ha pasado tres veces —dijo Lyuba.

Un coche azul claro paró delante de las mujeres abriéndose la ventanilla opuesta al conductor. Lyuba se acercó.

—Buenas noches, guapa —dijo un hombre delgado con el rostro en sombra.

—Hola.

—¿Cuanto?

—Veinte francés, treinta completo, por detrás cincuenta —recitó la chica, con fuerte acento ruso, una letanía muchas veces repetida.

—Prefiero a tu amiga —dijo el hombre señalando a Yelena con la barbilla.

—Yelena —llamó en ruso Lyuba—. Es para ti.

Esta se acercó.

—¿Tú cobras lo mismo?

—Sí, ¿qué quieres?

—Que me hagas un buen francés, rubia. Sube.

Yelena abrió la puerta del conductor y se sentó.

—Sigue hasta el final de la calle, en aquel descampado.

El coche arrancó y Lyuba se quedó mirando la matrícula, tomando nota en su mano con un pequeño boli que llevaba en un bolsillo de la minifalda. No la vio completa, pero si las tres letras finales “CHB”. El Ford llegó al final y torció a la derecha por una calle más amplia.

—¿Qué haces? ¡No aquí! —gritó la joven.

Del asiento trasero surgió un hombre tapándole la nariz y la boca con una gasa impregnada de un poderoso anestésico sin que la joven tuviera tiempo de reaccionar cayendo sumida en un sueño instantáneo.

—Para en ese callejón —dijo el del asiento posterior.

El coche aparcó en un rincón y los dos hombres salieron, abrieron el maletero e introdujeron violentamente el cuerpo inanimado de la prostituta en el interior. Salieron a la autopista que a esas horas apenas tenía tráfico.

#

*51 horas después.*

Un coche accede al polígono Guadalhorce de Málaga. Avanza por la calle principal y aparca en una calle adyacente mal iluminada. Le sigue otro que se para unos cien metros antes. Del primero sale un hombre delgado que cierra cuidadosamente la puerta y se dirige al aparcado. Se sube y arrancan girando en la dirección que habían traído. No hay nadie, ni siquiera las prostitutas.

—¿Todo bien? — pregunta el hombre al volante.

—Sí, la zorra está en la madriguera.

La matrícula del coche abandonado acababa en “CHB” y era un Ford de color azul.

#

A veces se arrepentía de ser policía.

Eran las menos, pero el cadáver de aquella bella mujer, desnuda en el maletero de un coche, le seguía revolviendo las tripas.

El inspector Mario Miralles, tenía una cara alargada con una ligera inclinación del labio superior hacia la izquierda, que le hacía parecer disgustado y una boca donde los dientes delanteros presentaban una pequeña separación. Sus cejas eran pobladas, proyectando una ligera sombra sobre sus ojos, algo hundidos, con un brillo inteligente. Sus manos eran finas, de uñas cuidadas y tan sólo el dedo meñique de la mano izquierda estaba algo torcido, por

culpa de una fractura en acto de servicio, que intentaba disimular, con un grueso anillo, dándole una cierta originalidad. Su cuerpo era regular y bien formado, pero una ligera chepa, le hacía mirar más al suelo que de frente, porque además, era bastante tímido. Su pierna derecha mostraba una discreta cojera, debida a una herida de bala, que le dejó de recuerdo ese pequeño detalle. Sin embargo, algo en él, infundía una cierta confianza. La gente, bajaba la guardia a los cinco minutos de estar a su lado. Los delincuentes no.

—¿Qué tenemos hoy, Mario? —oyó preguntar, a su espalda, la voz del juez Soriano.

—Un cadáver de mujer blanca. Según la forense lleva un par de días muerta. Tiene un enorme agujero en el pecho —siguió el inspector Miralles—. Quién sea, se ha ensañado con ella.

*“Una gacela perdida, víctima de la miseria y la maldad”*

La calle estaba acordonada. Dos coches de la policía y un furgón del juzgado taponaban la entrada mientras una ambulancia esperaba. Un agente sacaba fotos de la escena.

—Ese hombre, se quejó de que un vehículo le taponaba la salida de su garaje —dijo señalando un individuo oriental que discutía acaloradamente con un agente municipal—. Los policías locales vieron que el coche tenía manchas de sangre en el maletero y olía mal. —hizo una pausa y añadió—:Nos llamaron. Comprobamos la ausencia de explosivos y al abrir el maletero, descubrimos el cadáver.

—Una prostituta con una mala noche, seguramente —dijo el juez.

Mario no contestó.

—Hemos rastreado la zona —prosiguió el agente de la policía—. Empiezan a moverse los chinos, descargando mercancía. El que se queja, tampoco vio nada.

Mario volvió a tropezar con el rostro de la mujer.

*“Ojos que contemplan la nada”*

—El coche es robado. Lo hemos comprobado. Lo denunciaron hace cinco días.

—Lo suponía —musitó Mario.

—Pueden proceder al levantamiento del cadáver —ordenó el juez.

—Llévenla al depósito y el coche a Científica para su examen —ordenó, a su vez, Mario.

Metieron en una bolsa el cadáver que se llevó el furgón de atestados. El Ford lo cargó una grúa y el chino pudo, por fin, sacar su coche gritando maldiciones en su idioma.

El polígono industrial Guadalhorce se extiende en la margen izquierda del río que lleva su nombre próximo a su desembocadura en el Mediterráneo y paralelo, por la otra ribera, al aeropuerto internacional de Málaga, siendo elegido por la prostitución callejera para su práctica.

#

Un par de horas más tarde, Mario cruzaba la puerta de entrada de Comisaría, sin pasar por el detector de metales, con el saludo del agente de guardia. Subió a su despacho, pequeño, pero despacho, para él sólo, sin compartir con nadie más. Todo estaba bien ordenado, como a él le gustaba. Odiaba el desorden de cualquier tipo. Una ventana, daba a un patio interior, que servía de aparcamiento a los coches patrulla y la luz que entraba era débil. Cuando avanzara la mañana sería más luminoso, pero ahora, tuvo que encender una lámpara de mesa.

La foto fija de aquella mujer, tardaba en borrarse del disco duro de su cabeza, pensando que el mundo seguía girando, como si aquello no hubiera sucedido y el noventa y nueve coma muchos noventa y nueve por ciento, nunca lo sabría.

De una cajita roja extrajo dos pastillas diminutas de regaliz, costumbre que había adquirido cuando dejó el tabaco; dos paquetes diarios de *ducados*, y cambió de adicción. Nadie había dicho que eso diera cáncer.

Quería olvidar la escena, pero esta, obstinada rebotaba en su cabeza una y otra vez.

—El jefe quiere verte —dijo alguien asomando la cabeza y desapareciendo.

Dejó el tres cuartos en el sillón y se dirigió al despacho de Prado, el comisario.

—¿Das tu permiso? —preguntó con dos golpes en la puerta.

—Pasa, pasa, Bogui.

Mario entró, y se quedó de pie frente al comisario, que sentado tras su mesa de despacho, leía un periódico con un mano, sosteniendo un café, con la otra.

Emilio Prado Ruidera era un hombre de unos cincuenta años, bajo, de cara ancha y frente despejada con una calvicie central que se disimulaba al verle por delante, pero que ocupaba casi toda la cabeza, si se la miraba por detrás. Iba impecablemente vestido, y sabedor de que su barriga no admitía la talla estándar, se hacía los pantalones a medida, pero las chaquetas le sentaban de maravilla. Por su cuidado en el vestir todos le llamaban Marqués.

—¿Habéis tenido una buena movida esta noche?

—Sí, señor comisario.

—Coño, Bogui, cuando estemos solos tutéame, por dios.

El comisario era el único que le llamaba Bogui, porque decía que se parecía al actor de los años cincuenta, aunque el inspector era más alto.

—Dime, Marqués —repitió Mario con el apodo de su jefe y amigo.

Habían patrullado juntos, pero él no tenía ambiciones, le gustaba más la calle que los despachos aunque tuviera uno, minúsculo, que apenas utilizaba.

—¿Qué ha sido esta vez? —preguntó el comisario Prado.

—Mujer blanca, hallada muerta en el maletero de un coche, víctima de una carnicería, con sangre coagulada por todas partes, en el polígono Guadalhorce. Según la forense, en espera de pruebas más precisas, llevaba un par de días muerta.

—¿Cosa de puterío? —preguntó el jefe con su peculiar vocabulario.

—Espero el informe de la autopsia y los de Científica para tener algo más de luz en el caso —contestó Mario tras un breve silencio.

Prado, dejó el periódico sobre la mesa, se levantó estirándose la chaqueta y sacudiéndose un polvo imaginario de los hombros, se asomó a la ventana, mirando un bloque anodino de apartamentos que había enfrente. A veces tenía que soportar las peinetas que un adolescente le hacía desde su casa, pero otras su hermana, lo compensaba con un contorno provocativo.

—Oye, Bogui. Eso parece algo de degenerados que se han pasado de la raya. La chica estará sin papeles. Los del B.R.I.C (*Unidad contra Redes de Inmigración y Falsedad Documental*) van a meter las narices y nos van a joder bastante. —decía Prado con las palmas de las manos hacia arriba—. Quítatelo cuanto antes de encima. Estamos hasta arriba de trabajo.

—Procuraré terminar pronto —dijo, a sabiendas de que nunca hacía las cosas a medias.

—Tenme al corriente —ordenó y tras una pausa añadió—. Ah. Otra cosa, Bogui.

—Dime.

—Llévate un poco mejor con Frutos, hombre.

—¿Qué pasa ahora con Frutos?

—Parecéis dos críos. Los dos sois buenos, sí. Pero esto no es el Gran Hermano.

Mario, repasó mentalmente, las últimas doscientas horas. Frutos se estaba entrometiendo en lo de los coches de alta gama robados que manejaba él y le había soltado alguna de las suyas.

—Mete las narices donde no debe.

—Venga, hombre, a veces viene bien un poco de colaboración. Sois buenos profesionales.

—Sólo busca medallas y tú lo sabes.

—Quiero el informe de lo de anoche en mi mesa hoy—ordenó cogiendo de nuevo el periódico con lo que daba por terminada la entrevista.

—Tú, mandas —respondió y salió del despacho.

#